

que entraste en la cueva de la sabia Cuma. — Si soy, » dijo Luzmán. — Pues el rey, respondió el gobernador, te desea ver: por amor mio, que te vengas conmigo, que seis días ha hoy que por aquí te ando esperando. — A mandamiento de tan alto hombre, dijo Luzmán, justo es no se ponga dilacion: vamos, que yo soy muy contento de ir en su presencia. » Pues así fué á Nápoles, y el rey le recibió muy bien, y Luzmán le contó grandes cosas segun las habia visto, y también le contó por ruego del rey quien era, y las otras grandes cosas que habia visto, las cuales por mandado del rey fueron escritas.

Detúvose Luzmán dos meses en Nápoles, esperando algún buen pasaje para irse en España. En este tiempo era muy honrado del rey don Alonso el Sabio y de todos los caballeros y principales de aquel reino, en especial del duque de Semenara, caballero mancebo cumplido, de muchas gracias, gran amigo del rey: este llevó consigo á Luzmán, y le tenia en su posada; llamábase Pompilo. Pues una noche le dijo: « en cuánto tiempo ha que estais aquí, señor Luzmán, no habeis visto una cosa que os queda por ver, de que mucho contento recibireis; y estas, dos doncellas, hijas de una principal señora desta ciudad, tan hermosas que pocas igualan con ellas; son tan sabias y graciosas que traen á todos los que las pueden ver perdidos tras ellas; mas ellas son tales y tan buenas que no se dan por ninguno cosa ninguna, tan libres en amor que son llamadas las hermanas desamoradas; y yo alguna vez voy á visitarlas, porque de la una dellas anduve un tiempo muy enamorado, y viendo que era sembrar en tierra sin esperanza de fruto, beme olvidado. Esta á quien yo amaba tiene por nombre Vitoria, y la otra Esperanza; así que, si os parece y holgais dello, enviarles he á pedir licencia para que váyamos á verlas, y creo yo que por veros á vos holgarán dello. — Señor, dijo Luzmán, yo holgaré de lo que vos holgáredes, y mas por ver esas dos hermanas que yo las he oido nombrar, y dicenme que tañen y cantan maravillosamente. — Es gran verdad », dijo el duque, y luego llamó á un paje, y le mandó que fuese con aquel recado; y venido que fué, teniendo licencia, él y Luzmán se fueron juntos, y llegando á la posada de las dos hermanas, fué el duque dellas muy bien recibido, y á Luzmán honraron mucho, porque tenían nuevas dél, así de la mucha discrecion como en el habilidad de cantar y tañer.

Pues estando así asentados en buena conversacion dijo el duque á Luzmán: « veis aquí, mi buen amigo, las dos hermanas mas hermosas y mas crueles de cuantas hay en el mundo, á lo menos la señora Vitoria, que por llevarla ella de todos los hombres como la lleva á todas las damas, me ha dejado á mí sin ella. » Luzmán, que muy contento estaba de la hermosura destas dos doncellas, en especial de la de Esperanza, que algo se parecia á su señora Arbolea, respondió al duque diciendo: « verdaderamente, señor, no quisiera por muy gran cosa haber dejado de ver lo que al presente veo; mas poniendo aparte vuestra queja y mi contentamiento, quiero preguntar á la señora Vitoria, qué es la causa que así es descuidada, pues no ama ni precia á ninguno de cuantos la aman. » — Señor Luzmán, respondió ella, yo sí amo; mas es mi amor con el celo que debe de amarse la criatura hecha por Dios á su imagen; mas no para que yo pretenda esas locuras que los enamorados pretenden. — Señora, dijo Luzmán, no es locura ni amor malo el que ya atado para el servicio de Dios; á lo menos ¿no amarías á quien contigo pretendiere casarse? — Si amaría, respondió la hermosa Vitoria, cuando yo tuviese intencion de casarme; mas no tengo tal pensamiento; libre nací, y libre me crió Dios, á él quiero solo, y no á otro ninguno. — A Luzmán le trujeron estas palabras las lágrimas á los ojos, acordándose que desta manera habia su señora Arbolea desechado sus ruegos y despreciado sus servicios, y pu-

so á este tiempo los ojos en Esperanza porque mucho se le parecia.

Ella, que mirándole estaba muy contenta de sus palabras y gentileza, como le vió sus lágrimas y que la miraba; creyó que se habia enamorado della, y con disimulacion le dijo: « señor Luzmán, yo y mi hermana una condicion tenemos, y un propósito hemos tenido, mas yo no soy tan desamorada como ella; yo os digo que si ella se quisiese casar que me casase yo, ¿no os parece que me llevo mas á la razon de amor que no ella? — Señora Esperanza, dijo Luzmán, el amor no se paga de palabras, sino de obras; en él no hay fingimiento, que donde está firme firmeza le sobra: así que, el corazon enamorado siempre está sujeto, y él descubre brevemente sus efectos, en especial los ojos. — Bien se ha parecido, dijo Esperanza, que dese amor habeis de estar herido; pues habeis hecho muestra de estarlo, yo os ruego, si se puede decir, nos digais quién es la causa. — Señora, respondió Luzmán, nunca supe mentir, ni la verdad hegne cuando me fué demandada; y así quiero que sepas que yo amé y amo una doncella, y en pago de grandes servicios me despició de la esperanza; y hágotte saber que de cuantas doncellas he visto en todo lo que he andado ninguna vi que tanto le pareciere como tú: pues acordándome con tu vista de la suya, y que tu nombre es Esperanza, de la que fui despedido, ha hecho el corazon nuevo sentimiento, y á esta causa se habrá visto en mi alguna mudanza. »

Mucho holgaron las dos hermanas de las palabras que Luzmán dijo, y luego el duque vuelto á Luzmán, le dijo: « yo quiero, señor Luzmán, decir un soneto que el otro día hice en alabanza desta mi señora, y á su nombre yo determino de tañer y cantarlo, con condicion que vos, mi buen amigo, digais otra á la señora Esperanza, pues os toca por lo que habeis visto. » Luzmán holgó dello, y respondió: « aunque yo estoy mas para llorar que para cantar ni tañer, haré, señor, vuestro mandado. » Luego el duque mandó traer una vihuela, de que no poco placer recibieron las dos hermanas por oír á Luzmán, que tanto habian oido alabar; y pues tañendo el duque comenzó á decir:

Si sola sois de todas la Vitoria,
Vitoria merecis por nombre cierto:
De mí ya la tenéis, pues me habeis muerto,
Y muerto como soy recibo gloria.
Oh nuevo vencimiento, alta historia
Que lleva mi querer á claro puerto!
Oh victorioso bien que está encubierto
Debajo de beldad que es tan notoria!
No piense contra vos tener Cupido
Poder para os vencer, que es gran locura:
Mas solo lo hará como atrevido.
Mas vos, Vitoria mia, estad segura
Que si él querrá vencer será vencido
Al tiempo que verá vuestra figura.

Acabando el duque de cantar este soneto, que en extremo lo hacia bien, Luzmán tomó la vihuela, y comenzando á tañer suavemente en ella, dijo los siguientes versos:

¿Qué culpa me darán por bien amaros?
¿Qué culpa me porrán por bien quereros?
¿Qué culpa recibí triste por veros?
¿Qué culpa tengo yo por contemplaros?
Culpado yo no soy por deseáros:
La culpa debe ser no mereceros.
Y en desculpa del mal vine á perderos.
Sin tener esperanza de cobraros.
Mas ya que la ventura me trujese
A ser tanto dichoso que os hallase,
Sería renovar mi perdimiento.
Porque me forzaria á que tornase
A ver esta esperanza, y si la viese
Sería comenzar nuevo tormento.

Con tanto primor y gentileza cantó Luzmán este soneto, que las dos hermanas quedaron en extremo maravilladas, alabándole mucho, tanto que él habia vergüenza, y así les dijo: « mis buenas señoras, no quiero que me alabeis, sino que en pago desta alabanza me hagais merecedor en que yo goce de oiros tañer y cantar alguna cosa. — Vergüenza será muy grande, respondió Vitoria, querer agora mostrar lo que es feo y de poco valor, delante de lo

hermoso y subido. — Mi señora, dijo el duque, no podeis negar al señor Luzmán lo que pide, y sea por nos hacer favor y merced, á aquellos villancicos que soleis cantar las dos con vuestras arpas, diciendo la una y respondiendo la otra. — Bien será, mi señora hermana, dijo Esperanza, que hagamos lo que el señor duque pide; y mas habiendo él cantado y traídonos á que oyésemos al señor Luzmán. — Pues vos lo quereis, dijo Vitoria, sea así; » y luego mandaron traer dos arpas, y tomando cada una la suya, comenzaron á tañer, que en extremo lo sabian hacer; y luego Vitoria comenzó á decir así, respondiéndole su hermana:

VITORIA. Cuando yo sola me veo En lugar mas apartado, Entonces doy al cuidado Las riendas de su deseo.	VITORIA. Vistese de humana guerra En esta vida que es viento Quien pone su pensamiento En los bienes de la tierra.
ESPERANZA. La discordia es descubierta Y en guerra tan conocida, Lo que concierne la vida La muerte lo desconcierta.	ESPERANZA. Las cosas de su valor Pásase pena en ganarlas, Y á la hora de dejarlas Sientese mayor dolor.
VITORIA. Nadie debe confiar De fortuna y su poder, Que también mata un placer Como á veces un pesar.	VITORIA. Pásase la juventud Sin entender que ha pasado, Porque en un tumbó de dado Está la vida y salud.
ESPERANZA. El corazon desamorado No puede tener contento, Y no reina el sufrimiento En corazon desdichado.	ESPERANZA. Quien pone su confianza En el mundo y sus despojos, En una vuelta de ojos Hallará en todo mudanza.
VITORIA. El que sigue la prudencia Discretamente camina, Que la mejor medicina Es conocer la dolencia.	VITORIA. El bien que busca el humano En el mundo y sus favores Es manojico de flores Que se secan en la mano.
ESPERANZA. A la fortuna vencida Es esfuerzo y gran cordura, Y la mayor desventura Es dejarse vencer della.	ESPERANZA. Poco dura el alegría, Porque es fingido su nombre, Luego es maldito el hombre Que del hombre se confia.

Cantaron estas dos hermanas con tanto primor y gracia estos villancicos, que Luzmán en oirlas quedó maravi-

LIBRO SÉTIMO.

Con próspero viento yendo la nave en que Luzmán iba, ya cerca de las costas de España, les dió un viento contrario y anduvieron tres días sin poder tomar puerto, y al cuarto día dió con ellos un galeon, que de Constantinopla venia, muy poderoso, el cual iba á la ciudad de Arjel; y como la nave vido el capitán dél, acometiola; y aunque se defendió todo un día, como el galeon viniese mas armado y con mucha gente de guerra, húbola de tomar, y así fué captivo Luzmán y todos los que en la nave venian, siendo algunos muertos y mal heridos. El capitán del galeon luego volvió su camino la vuelta de Arjel, y allí, desembarcado que fué, hizo partes de lo que habian ganado, y repartió los captivos. A Luzmán compró un rico moro, pariente muy cercano del rey, llamado Laudel, y como le viese mozo, preguntóle: « di, cristiano, ¿de qué me podrás mejor servir? ¿Sabes por ventura algun oficio? » Luzmán, que desde que le prendieron habia dado á Dios muchas gracias diciendo: « Señor, yo conozco que por mis pecados y poca fe me han venido estos trabajos, con los cuales te ruego seas servido darme paciencia y entendimiento para salir dellos; » y así agora cuando ese moro le preguntaba qué oficio tenia, en su corazon daba asimismo á Dios muchas gracias, y respondió á Laudel: « yo no tengo ningun oficio, que no lo aprendi; mas servirte he en lo que me mandares, que cualquiera cosa haré poniéndome en ella. » Laudel le pareció bien Luzmán, y mandó que le metiesen en una grande y hermosa huerta que tenia, y que allí sirviese con otros esclavos al hortelano mayor, el cual siempre andaba por la huerta adrezándola y haciendo en ella cosas

llado, y así les dijo: « por cierto, hermosas señoras, que cualquiera que tuviese ventura de oiros, puede decir que oyó lo que oír se puede, y mas la letra que cierto se ha tratado en ella cosas de verdad, tanto cuanto pensar se puede ha sido subido el sujeto de su compostura. — Señor Luzmán, respondió Vitoria, yo y mi hermana hacemos esto por nuestro contentamiento, y no por alcanzar loor, que no nos preciamos dél; mas yo os ruego que el tiempo que aquí estuviéredes os dejeis gozar, pues el oiros á vos es para que nosotras aprendamos. — Así lo haré, dijo Luzmán; pues yo, señora, soy el que gano. — Yo el que pierdo, dijo el duque, mi tiempo sirviendo sin ser agradecido. — Muda la hoja, señor, dijo Esperanza, que mi hermana quiere llevar su nombre adelante, y lo que ella niega con el suyo, otorgo yo con el mio. — No me puedo mudar, dijo el duque, no porque, señora, no conozca el valor y hermosura que en tí está encerrada, mas amor no me da ese lugar. — Con esta tema, dijo Esperanza, pierden muchos el juicio. — Por mas perdido, dijo el duque, me daria muy poco. » Pues así en esta conversacion pasaron hasta que fué hora de volverse á sus posadas, y despedidos de las dos hermanas se fueron. Otras muchas veces vino Luzmán á verlas, muy contento de su honestidad y discrecion; mas en este tiempo hallando una nave que para irse á España se aparejaba, acordó de irse en ella, porque no podia apartar de su memoria aquel sueño que en la cueva de la sabia Cuma habia soñado, acerca de ser casada su señora Arbolea; y esta imaginacion le traia muy triste. Pues besando un día las manos al rey, se despició dél, que mucho le pesó con su partida, y le rogaba se quedase con él; mas nunca con él pudo. Pues despedido del duque Pompilo y de todos sus amigos, metióse en la nave, y alzando los marineros las velas, se van la vuelta de España. Y aquí da fin este libro sexto.

primas, porque era la mejor que en aquella tierra habia. Luzmán se dió tan buena maña con su grande habilidad y gentil entendimiento, que en menos de un año hacia tales cosas, que el hortelano era tenido en poco; y Laudel se venia á su huerta, y hablaba muchas veces con él y quería mucho, viendo con cuánto artificio trazaba los lugares que eran mas agradables para dar contentamiento, y plantaba y enjeria los árboles maravillosamente. Asimismo por su orden y consejo se hizo un laberinto, en el cual pocos entraban que acertasen á salir; y en medio dél se hizo una fuente, de su juicio trazada, que el rey y todos los mas nobles de la ciudad venian á verla por gran maravilla. Pues con estas cosas, y mas su bondad, Laudel lo estimaba mucho. Este Laudel tenia un solo hijo, llamado Calimán, el cual desde niño se habia criado en la corte del gran turco y en su palacio; era muy gentil hombre y de nobles costumbres. Pues desta manera y en esta vida estuvo Luzmán cinco años cautivo, estando siempre llorando y sospirando cuando solo se veia; bien sabia él que si escribiese á sus padres, que luego le rescatarian, pues eran tan ricos y él heredero de todos sus bienes; mas no podia acabarlo con su corazon, antes estaba determinado de morir allí en servicio de Laudel, que entre aquellos árboles mirando al cielo rogaba á Dios se acordase de su ánima, y aquella vida la tomase por penitencia y desculpa de sus yerros; y con este pensamiento, y conformándose con la voluntad de Dios, estuvo todo este tiempo. Mas nuestro Señor, que en los mayores trabajos y adversidades no se olvida de aquellos que á él se encomiendan, y

que tienen la esperanza en su socorro, como este caballero, en quien estaban tantas virtudes y nobles costumbres, con celo de caridad, y así se acordó del, como se contará; y fué así que á Laudel su amo le dió una enfermedad, de la cual murió, y de su muerte recibió Luzmán gran descontentamiento, y lloró por él como si su padre fuera. Luego los parientes de Laudel escribieron á su hijo, enviándole á decir su muerte, y pidiéndole que luego se viniese; y llegada la carta, Calimán se fué ante el gran turco, y le dijo la muerte de su padre y le pidió licencia. El gran turco se la dió, y muy acompañado se metió en la mar, y así llegó á la ciudad de Arjel, siendo muy bien recibido del rey, como aquel que era mucho su pariente.

Pues como hubiese ya tomado la posesion de su hacienda, y anduviese mas descansado que antes, obró luego en él el amor otro nuevo pensamiento del que antes tenía, y fué que se enamoró de la hija del rey, llamada Arlaja; y tanto en estremo fué su amor, que no comía ni bebía, ni podía dormir, sino siempre andaba pensando cómo pudiese descubrirle su nueva herida. Pues como un dia Arlaja saliese á caza á un hermoso soto, Calimán se llegó á ella, y le descubrió su corazon y la causa de su tristeza, y que si no le remediaba tomándole por marido, que él no podía dejar de morir presto. Arlaja le desdendió mucho, diciéndole que había tenido grande atrevimiento, y que supiese que el rey su padre ya la tenía en su voluntad casada, y por eso que no hablase mas en aquel hecho. Pues con esta respuesta Calimán quedó muy triste; mas no por eso dejaba de hacerle mil servicios y andar ricamente vestido, haciendo cada dia por ella muchas fiestas, donde ya claro se entendia cómo la amaba y el deseo que tenía. Pues en este tiempo Luzmán andaba en su huerta, regándola con muchas lágrimas, y una tarde, hallándose muy triste, se acostó debajo de un árbol, y como comenzase á dormir, luego comenzó á soñar que se hallaba en un delicioso vergel, riberas del mar, y que estando así veía venir á su señora Arbolea, vestida toda de blanco, y que la traía de la mano un mancebo, el mas hermoso que podía ser visto, el cual parecia que le decía: «ves aquí, Luzmán, á Arbolea, la cual conmigo está desposada, porque soy mas hermoso que tú y tengo mas riquezas; y por eso despidete de casar con ella, y el tal pensamiento salga de tu memoria.»

A Luzmán le parecia arrancárselo el alma con estas nuevas, y que decía llorando á su señora: «¿es verdad, hermosa Arbolea, lo que este mancebo dice, y que tú me despreciaste á mí por otro ninguno?» A las cuales palabras ella le respondió: «mi verdadero hermano, yo nunca te desprecié ni agora te desprecio; mas siempre te tuve aquel amor que se pudo tener, limpio y casto como es este que yo tengo á este mi esposo, así que, has de creer que yo soy suya y de otro jamás seré»; y diciendo esto desapareció ella y el mancebo delante de sus ojos. Luzmán con gran sobresalto recordó, y considerando las palabras de la sabia Cuma, que sobre aquel hecho le había dicho, junto con el sueño que en su cueva había soñado, y lo que agora durmiendo había visto, creyó que verdad fuese, como aquel que verdadero amor le hacia estar siempre pensando en ella. Pues con esta imaginacion y gran tristeza comenzó á verter muchas lágrimas y á decir: «grande y poderoso debe de ser el humano sufrimiento que puede resistir á los golpes de la mudable fortuna, y de liviano peso los dolores que pueden estar mucho tiempo encubiertos; mudanzas tiene la vida, prestados son sus placeres, y de grande merecimiento el ánimo que resistiendo á sus persecuciones se conforma con la voluntad de aquel por quien se reciben: por cierto yo no puedo creer que tú, mi señora Arbolea, me hubieses olvidado, ni que por otro me dejases, siendo tan verdadero mi amor.» Fué tanta la congoja que á Luzmán vino desde este dia, que no bastando su discrecion ni sufrimiento,

enfermó y estuvo muchos dias á punto de muerte; mas como nuestro Señor no permitiese que allí acabase sus dias, comenzó á convalecer, y así andaba por la huerta muy flaco; y una tarde, estando debajo de unos rosales aderezándolos, por tomar algun consuelo comenzó á cantar por quitar parte de su cuidado, y lo que cantaba era lo siguiente:

No puedo mi dolor mas encubrirlo,
Que á ti, señora, va que lo causaste.
Que yo quedo contento con decirlo.
Pues ya que el corazon su tiempo gaste
En darte de mi mal estrecha cuenta
En solo ser por ti, señora, baste.
Haste por galardón de mi tormenta,
Tormenta desigual de mi tormento;
Salida de la mar que causa afrenta.
Pues cuando pensé ser libre y exento
Del mal que causa amor buscando ausencia
Me halló con mayor atigamiento.
Aquello fué vivir, cuando en presencia
Estaba yo, señora, ante tus ojos,
Que no pude hallar en ti clemencia.
Aquellos que yo tuve por enojos,
Aquellos que me eran gloria,
Si bien los conociera, me eran despojos.
Y mio el vencimiento y sus despojos.
Ausencia me quitó de la victoria,
Ausencia me robó mi buena suerte,
Dejándome herida la memoria.
Ausencia es dolor mayor que muerte;
Ausencia es un fin que poco dura,
Derribando de presto lo mas fuerte.
Y la ausencia en sí es una figura
De pesar, quitador del bien ajeno,
Y cárcel del dolor, horrible, oscura.
Ausencia me quitó mi tiempo bueno,
Dejándome mortal, pobre y sin vida.
Cubierto el corazon de su veneno.
Señora, bien verás por despedida
Morir quien te sirvió desconsolado
En tierra de dolor no conocida.
Yo soy una marmota, descuidado,
Perdido tengo el ser que poseía,
Y soy como animal bruto tomado.
Yo llorando andaré de noche y dia
Por ver si acabarán mis tristes daños,
Saltados por ti los dulces años
En los cuales busqué la muerte mia.

Estando Luzmán cantando estos versos en la propia lengua morisca, como aquel que maravillosamente la hablaba; y cantábalos tan lastimosamente y con tanta gracia, que maravilla era; allegó Calimán cerca de aquel lugar, que, como su corazon enamorado estuviese, en ninguna parte podía reposar, y así por hallar reposo y á solas contemplar la hermosura de Arlaja, se andaba paseando por la huerta. Pues muy contento de oír lo que Luzmán había cantado, se vino para él, y como le viese tan flaco díjole: «dij, cristiano, ¿de qué tierra eres?» Luzmán que vio á su nuevo señor, humillándosele respondióle: «señor, mi naturaleza es España. — ¿Cuánto ha que estás en esta tierra? le dijo Calimán. — Va en seis años que soy cautivo y estoy en esta huerta. — ¿Has estado enfermo, preguntó Calimán, que muy flaco te veo, ó por ventura tratante mal, no te dando lo que has menester? — No soy mal tratado, dijo Luzmán, ni nunca lo fui, que Laudel, tu padre y mi señor, mucho me quiso. — ¿Qué era aquello que cantabas? dijo Calimán, que cierto me pareció muy bien, y lo que dello entendí es que mostrabas estar enamorado. Dime por tu vida si es verdad. — Señor, respondió Luzmán, por amor soy venido en ajena tierra y en poder ajeno. — ¿Cómo puede ser esto? dijo Calimán. ¿Quién ha sido la causa en esta tierra? — Yo te lo diré, respondió Luzmán, porque á tal hombre como tú no se debe negar lo que pide. En mi patria me hirió ese amor de quien me quejo, porque amé á una doncella muchos años, y al fin dellos fui della despreciado, no queriendo casarse conmigo; por esta causa me parti de su presencia, dejando á mis padres y parientes, y me vine desesperado por el mundo, y así fui cautivo en la mar y traído á esta tierra; y así acordándome de lo pasado canto algunas veces, aunque se podría llamar llorar antes que canto, porque mal puede cantar quien siempre llora.»

Cuando Calimán oyó las palabras de Luzmán, hubo lástima del, y túvole por hombre de buena razon; y como él estuviese lastimado de la misma herida, respondióle diciendo: «yo te digo, cristiano, que me pesa de verte tan mal tratado por amores, como aquel que no menos que tú

lo está; y así entiendo muy bien cuánto duele esa llaga, y adónde llega un disfavor, porque te hago saber que yo amo y no soy amado, y sirvo sin ser agradecido; de manera, que sin esperanza me sustento, pasando dolorosa y amarga vida; y pues á ti te ha sucedido lo que á mí me sucede, de aquí adelante te querré mas y hablaré contigo, que podría ser me dices algun consejo, que por hombre muy discreto te tengo. — Señor, servirme he cuanto yo pudiere, aunque consejo mal te lo puede dar quien para sí no lo ha tenido. — Bien está, dijo Calimán; mas has de saber que un enfermo huélgase de hablar con otro que ha tenido ó tiene su enfermedad.» Pues estas palabras y otras muchas pasó Calimán este dia y otros muchos con su cautivo Luzmán, y vinole á tomar tanta aficion que no se hallaba sin él y honrábalo mucho, y contábase toda su vida, y descubriale sus secretos.

Pues estando un dia Calimán muy triste, viendo que no aprovechaban servicios para ablandar la crueza de Arlaja, Luzmán estaba con él consolándole con muchas buenas razones; Calimán le dijo: «sabes que he pensado, que tú, pues tienes tanta gracia en cantar, que esta noche te vayas conmigo á un lugar donde yo te llevaré, y que digas algo á la crueza de mi señora Arlaja; podrá ser que la moverás tú á piedad, como me moviste á mí á compasion cuando te oí cantar en la huerta. — Muy bien me parece, dijo Luzmán, lo que, señor, decís: yo llevaré un laud y diré alguna cosa que os contente.» Esto concertado, á la noche Calimán se fué llevando consigo á Luzmán, y entró en lugar donde muy bien Arlaja podía oír lo que se cantase; y allí Luzmán tañó maravillosamente, tanto que Arlaja se levantó, y cubriéndose una rica ropa se puso á escuchar lo que se tañía y cantaba, que decía así:

La crídeza y hermosura
Dos contrarias cosas son.
Por lo cual niega razon
Permitas mi desventura
En pago de mi aficion
Y así digo:
Que deseches la crueza,
Pues crueza y gentileza
No es bien que moren contigo.
Si me llamas, ¿por qué llamas
Me quemas de esta manera?
Responde, flor de las damas:
¿Por qué permites que muera,
Y en mi venganza te inflamas?
Ay de mí,
Que en triste fuego mi quemó.
Y con sabor que es así
Ni lo precio ni lo temo.
No permitas la venganza
Deste que tienes rendido,
Ni quieras mostrar olvido
A quien con tanta esperanza
A tus manos es venido.
Mas yo quiero
Lo que tu voluntad quisiere.
Que quien muere como muero
Entiéndase que no muere.

No me quieras despreciar,
Porque moriré mas presto:
Echa la culpa á tu gesto
El cual me pudo forzar
Con su ser puro y honesto,
Y así siento
Dolor en ser desdénado,
Que el corazon desamado
Luego pierdo el sufrimiento.
Vuelve los ojos, señora,
Un poco mas regalados
A mis ansias y cuidados:
Que no es bien que en toda hora
Los quieras tener airados;
Que esa ira
Es mi muerte muy temprana
Siendo tú tan inhumana
A quien llorando sospira.
Si tienes por mejor suerte
Mi morir, yo moriré;
Mas, ¿qué ganas en mi muerte?
Cata que es firme la fe
Que tuve y tengo con verte.
De manera
Que muchas veces me arguyo
Como muero siendo tuyo,
O tú permites que muera.

Tan dulcemente cantó estas coplas Luzmán con la suavidad de su tañer, que la hermosa Arlaja quedó maravillada y algun tanto le ablandaron el corazon; y otro dia preguntó á Calimán quién era el que había cantado la noche antes, que no poco favor fué para él preguntarle Arlaja esto; y respondióle: «señora, un cautivo mio cristiano, que también ha sido herido del amor como yo. — Tan buen hombre como ese no merece estar cautivo, respondió Arlaja, antes merece libertad. — ¿Cómo podrá darla, dijo Calimán, quien no la tiene para sí? — Mucho me holgué de oírle, respondió Arlaja. — Pues haré yo, señora, respondió Calimán, que le oyes muchas veces.» Pues desta manera oyó Calimán palabras de algun favor de la boca de su señora, y con esto se volvió muy alegre á su posada, y abrazando á Luzmán le dijo: «amigo, en gran obligacion te soy, pues por tu causa he recibido hoy el mayor favor que hasta aquí había recibido; porque mi señora me ha dicho que se ha holgado en oírte cantar, y así te ruego que esta noche le tornes á decir alguna cosa. — Señor, dijo Luzmán, yo haré todo lo que vos mandeis y no faltará que decir.» Pues así muchas noches Luzmán fué con Calimán,

y tañía y cantaba muchas cosas en alabanza de Arlaja; y de aquí nació entre ella y Calimán mucha conversacion, de manera que lo que no pudiera acabar Calimán por sí lo acabó por ajena mano, porque las palabras suaves de Luzmán la comenzaron á mover, y deste movimiento vino á hablar como está dicho á Calimán, y desta habla nació conversacion, y desta conversacion comenzó ella á quererle bien, y deste quererle bien comenzóle de amar; y vino esto en tanto grado que se casó con él, y aunque hubo algunas diferencias cuando vino este hecho á noticia del rey, hubo al fin de apaciguar por ser Calimán su pariente y tan principal hombre; el cual, después de los dias del rey, lo fué él por falta de un hijo que el rey tenía.

Pues viendo Calimán cumplido su deseo, que había sido la causa Luzmán, como buen caballero y hombre agradecido quiso pagar sus servicios; y así un dia haciéndole llamar, le dijo: «desde aquel dia que me dijiste la causa de tu tristeza, y cómo, por la crueldad de aquella á quien amabas, habias dejado tu tierra, hube de ti gran compasion; pues habiendo después de ti recibido tan aceptos servicios, los cuales han sido parte para que yo mereciese alcanzar el bien que tengo, sin el cual ya fuera muerto, he acordado de te galardonar lo que te debo; y no puedo hacer mas por ti que darte aquello que es mas dulce y mas amado y deseado que la vida, y esta es la libertad, la cual no solo buscan los hombres, mas los animales; y así desde agora te puedes tener por libre y haer de ti á tu voluntad, y irte cuando te pluguiere, que yo haré que seguramente te lleven hasta te poner en España, y toma de mí haber lo que menester hubieres; y ruégote que no me olvides, á lo menos en avisarme de cómo te va, que recibiré en ello gran contento.» Luzmán que entendió las palabras de Calimán, y cómo le hacia libre, en su corazon dió gracias á Dios, y respondióle diciendo: «por cierto, señor, nunca miré tu rostro, ni consideré tu virtud con menos ojos de aquellos que agora veo la gran nobleza que conmigo usas; y así siempre me ternás en la cuenta de tu cautivo, pues yo no podré olvidar la honra que me has hecho, no como señor, mas como si fuera tu hermano; y así te suplico tengas por bien que luego me pueda partir á ver aquellos que me engendraron, y á ver si son vivos.» Calimán le abrazó, y luego dió orden para que le llevasen en una fusta y le pusiesen á la costa de Málaga.

Pues desta manera salió Luzmán de su cautiverio, donde se entiende que puede mucho la virtud junto con la paciencia, pues por usar della este caballero alcanzó la libertad; y también se muestra, que con ella se venen los hombres, como Calimán que, siendo moro fuera de la ley de Luzmán, usó con él de tanta nobleza y le dió la libertad, que por gran precio él no pudiera haber, segun era hijo de hombres ricos; mas sobre todo en estas cosas es Dios el que da el camino y senda, por donde se halle el remedio de lo que se desea, confiando en él. La fusta en que Luzmán iba, en breve tiempo llegó á la costa de Málaga, y allí le pusieron en tierra y se volvieron los que le traían. El cuando se vió en tierra de cristianos, puesto su rostro en el suelo, besando la tierra, dió infinitas gracias á Dios, y luego determinó de irse la vuelta de Sevilla. Iba vestido de la manera que salió della, sus barbas y cabellos tan largos que le hacían parecer de mucha mas edad que tenía, porque había ya poco menos de once años que se había partido, y nunca jamás se los cortó. Pues anduvo tanto con el deseo que llevaba, que llegó á una legua de Sevilla, y viendo cerca un pequeño lugar, determinó de quedarse ahí esa noche, y otro dia por la mañana entrar en la ciudad, y así lo hizo.

Pues luego que fué de dia levantóse, y dando muchas gracias á Dios, se comenzó á ir con el gran deseo que llevaba de saber nuevas de su señora. Salióse un poco del camino, y entróse por un espeso olivar, y yendo así vió un hombre que acababa de echar una cuerda en una rama

de un olivo teniéndola puesta al cuello, y que se dejaba caer, queriéndose ahorcar. Luzmán corrió para él, y sacando un pequeño terciado que debajo de la esclavina traía, cortó la cuerda, y el hombre cayó en el suelo, y al caer se le cayó un papel que en la mano tenía. Luzmán lo tomó y se lo metió en el seno; luego se fué para el hombre, el cual se había ya levantado, y abrazóse con él diciendo: «¿qué es esto, hermano mío? ¿En qué razon cabe que tú mismo te quites la vida, siendo la cosa mas amada y deseada, por la cual se alcanzan las honras y los bienes de la tierra, y con ella se sirve á Dios. Pues ¿cómo quieres quitarte aquello que el ánima te condena á perpetuo fuego, y te quieres apartar de la vision divina? El hombre, que temblando estaba como si de la muerte resucitara á la vida, y lleno de vergüenza, no respondia cosa ninguna. Luzmán le quitó un pedazo de cordel que al cuello tenía, y sacando un paño le comenzó á limpiar el rostro, y á esforzarle con dulces y cristianas palabras, hasta tanto que vuelto el hombre bien en sí le comenzó á decir: «yo no sé por qué causa, pelegriño, me estorbaste que no acabase mi pobre vida, que no sé para qué la quiero y bien aborrecida la tengo. — ¿Por qué? dijo Luzmán. Yo te ruego que la causa de tu desesperacion me digas. — Si diré, dijo el hombre, porque conozcas con cuánta razon tomaba la muerte. Has de saber que yo ha veinte años que de dia en dia he ido siempre en menoscabo de mi honra, porque he perdido mucha hacienda, y después la que mas me quedaba hela gastado con mujeres y en juegos, y anoche perdí casi todo cuanto me quedaba, porque lo vendí para jugarlo, pensando de desquitarme. Yo tengo una hija muy hermosa; pues viendo que no la podia casar, y como en todo me era el mundo contrario, acordé de acabar de una vez, y no morir tantas veces; y así esta mañana me vine á este lugar, donde hacia lo que tú me estorbaste, y traía escrito en un papel la causa de mi muerte, porque hallándomelo en la mano se supiese; no sé qué se ha hecho; debióseme de caer, y con la turbacion que traía no lo senti. — Amigo, dijo Luzmán, en tu persona das muestras de hombre honrado, y tu edad ya parece que es crecida, y en tal tiempo no te debiera faltar la prudencia, armándote de la consideracion del cielo, pues los haberes y honras, tienen fin, mas la vida eterna no lo tiene; pues, queriendo tú quitarte lo que Dios te dió para servirle falta es de conocimiento, pues escogias para perpetuamente el infernal fuego. Vuelve por Dios en tí, y arrepientéte de lo que querias hacer, y pide á Dios perdon dello, pues eres cristiano redemido con su preciosa sangre, que yo aunque soy pobre te ayudaré con lo que traigo para que puedas remediar á tí y á esa hija que tienes, y el papel que buscas yo lo tengo.»

El hombre, volviendo en sí y conociendo su yerro, se echó á los piés de Luzmán, diciendo: «yo conozco, señor, que de la mano de Dios aquí veniste porque yo no me perdiese; y así te ruego, si vas á la ciudad, me llevas contigo. — Soy contento, dijo Luzmán, que allá voy; mas primero quiero ver lo que dejabas escrito acerca de tu muerte;» y luego, sacando el papel, le leyó, el cual decía desta manera:

Cualquiera que aquí viniera
En abriendo este papel,
Hallará la causa en él
Al tiempo que lo leyere
De mi muerte tan cruel
Y porque sea entendida
La claridad deste hecho,
Sepan todos que mi vida
Fue gastada sin provecho
Como loca y no entendida.
Yo fui un hombre muy honrado,
Y por tal era tenido;
Mas el maldito pecado
Enflaqueció mi sentido
Por meterme en mas cuidado.
Luego comencé á comprar,
Y con el comprar vender,
Con esto vino el perder
Porque no puede ganar
De continuo el mercader.

Tras desto procedió luego
El amor con otros vicios;
Tornéme carnal y ciego;
Y así fueron mis oficios
Lujuria, mentira y juego.
Tan buena presea me di,
Sin mirar lo que hacia,
Que gasté lo que tenía
Antes que volviese en mí
A ver cómo me perdía.
Quando me hallé perdido,
A mis amigos me fué;
Mas amigos no hallé,
Antes muy escarnecido
De sus palabras quedé.
Llamáronme jugador,
Hombre vano y lujurioso,
Muy profano gastador,
En los pecados vicioso,
De los malos el mayor.

Pues yo con gran desconsuelo
Viéndome desesperado
Alcé los ojos al cielo;
Mas vi lo todo nublado,
Cubierto de un negro velo.
Luego sin guardar razon
Comencé á desesperarme,
Acordando de ahorcarme
Por dar fin á mi pasion
Y de vergüenza apartarme.
Y así vine á este lugar:
Y ahorquéme de un olivo;
Veis en qué viene á parar
Lo deste mundo captivo,
Cárcel llena de pesar.

Tuve nombre de Amador,
Natural de Cartagena,
De Sevilla morador,
Mercedor de gran pena
Como Judas el traidor.
En esto vereis, cristianos,
Cómo aprovechan muy poco
Los bienes que son mundanos
Dados por el mundo loco,
Siendo dañosas sus manos.
En mí se puede tomar
Ejemplo muy señalado
Pues por no querer mirar
La razon, vine á parar
A morir desesperado.

Leído que hubo Luzmán estas coplas, vuelto al autor dellas, le dijo: «maravillosas cosas son las obras de Dios; yo te digo, mi buen hermano, que si miraras lo poco que duran los bienes de la tierra, y cómo los mas ricos son mas pobres, que no te tuvieras tú por el mas despreciado de todos, ni te vinieras á desesperar; mas pues Dios por aquí me ha traído, y tú ya me parece que conoces tu pecado, vámonos á la ciudad, que yo quiero ir contigo á tu casa, y allí cumpliré lo que te he prometido.» Amador, que á Luzmán mas por ángel que por hombre tenía, le dijo fuesen luego, que él muy contento no saldria de lo que le mandase, y así se fueron á Sevilla. Iba pensando Luzmán en la diferencia que habia deste hombre á la pobreza de Oristes, y así llegaron á su casa; y luego Luzmán, metiéndose en un aposento, sacó todo el haber que traía, porque Calimán, contra la voluntad suya, le habia dado alguna cantidad de moneda de oro, y llamando á Amador se la dió toda, diciendo: «ves aquí lo que tengo, tómatelo todo, y ruégote mucho lo sepas despendar mejor que has despendido tu hacienda.» Amador se echó á sus piés por se los besar, y se escusaba de tomar aquello que le daba; mas al fin hizo el mandado de Luzmán, y se le dió á conocer, de que muy grande alegría recibió, porque muy bien conocia á él y á sus padres, mas no habia caído en él en verle tan desemejado y de aquella suerte vestido.

Luzmán le preguntó por nueva de sus padres: «señor, dijo Amador, ellos son vivos, y tienen un hijo de edad de ocho años, al cual pusieron vuestro nombre, teniéndos á vos por muerto. — ¿Es vivo Calides, dijo Luzmán, y su hija Arbolea? — Calides es muerto, dijo Amador, y su hija Arbolea habrá un año que se metió monja.» Quando Luzmán esto entendió, vivas lágrimas le salieron de los ojos, y dijo: «yo te ruego, amigo, que á nadie digas de mi venida, hasta que yo me descubra á mis padres. — Así lo haré, como vos me lo mandais,» dijo Amador; y luego esa tarde se fué Luzmán al monasterio donde estaba su señora, y preguntó por ella; á Arbolea le fué dicho cómo un pelegrino la buscaba; ella, no sabiendo quién fuese, se paró á una reja, y aunque vió á Luzmán, no le conoció; mas él, cuando vido á ella, conocióla muy bien; y sin poder detener las lágrimas, comenzó á llorar con gran angustia. Arbolea, muy maravillada, no pudiendo pensar qué fuese la causa por que aquel pobre así llorase ante ella, le preguntó, diciendo: «¿qué sientes, hermano mío, ó qué has menester desta casa? ¿Adónde me conoces, que has llamado á mí mas que á otras destas religiosas?» Luzmán, esforzando su corazon, y volviendo mas sobre sí, respondió á Arbolea, diciendo: «no me maravillo yo, señora Arbolea, que al presente tú no me conozcas, viéndome tan mudado del que solia ser con los grandes trabajos que por tu causa he pasado: ves aquí, señora, el tu Luzmán, á quien despreciaste y tuviste en poco sus servicios, no conociendo ni queriendo conocer el verdadero amor que te tuvo, á cuya causa ha llegado al punto de la muerte, la cual de mas cortés que piadosa ha usado con él de piedad, y esto ha sido porque volviese á tu presencia; pues agora venga la muerte, que contenta partirá esta afligida ánima, quedando el cuerpo en su propia naturaleza;» y diciendo esto, calló vertiendo muchas lágrimas.

Arbolea, que entendió las palabras de Luzmán y le conoció, que hasta entonces no habia podido conocerlo,

porque vió sus barbas muy largas, sus cabellos muy cumplidos y ropas muy pobres, aquel que era la gentileza y hermosura que en su tiempo habia en aquella ciudad, lleno de gracias, vistiéndose tan costosamente, que ningún caballero le igualaba; pues vuelta en sí, aunque con gran turbacion, alegróse en ver aquel á quien tanto habia amado, que por muerto tenía, y respondióle diciendo así: «no puedo negar ni encubrir, mi verdadero hermano y señor, la gran tristeza que siento en verte de la manera que te veo; mas por otra parte, muy alegre doy gracias á Dios que con mis ojos te tornase á ver, porque cierto muchas veces he llorado tu muerte, creyendo que ya muerto eras; y pues eres discreto y de tan principal sangre, yo te ruego me perdones, si de mí alguna saña tienes, y te conformes con la voluntad de aquel por quien todas las cosas son ordenadas; que yo te juro, por la fe que á Dios debo, que no fué mas en mi mano, ni pude dejar el camino que tomé, que ya sabes que no se meña la hoja en el árbol sin Dios, cuanto mas el hombre con quien él tanta cuenta tiene. Yo te ruego, desechada tu tristeza, alegras á tus padres, y tomes mujer, pues por tu valor la hallarás como la quisieres, y de mí haz cuenta que fui tu hermana, como lo soy y seré mientras viviere.» Decia estas palabras la hermosa Arbolea con piadosas lágrimas, á las cuales respondió Luzmán: «al tiempo que tú, señora, me despediste cuando mas confiado estaba, entonces desterré todo el contentamiento, y propuse en mí de no parecer mas ante tus ojos, y nunca ante ellos volviera, sino que entendí que estabas casada, lo cual jamás pude creer; mas por certificarme, quise venir ante tu presencia; y pues ya no tienen remedio mis lágrimas ni mis suspiros, ni mis vanos deseos, quiérome conformar con tu voluntad, pues nunca della me aparté; y en lo que me mandas que yo me case, no me tengas por tal, que aquel verdadero amor que te tuve y tengo pueda yo ponerlo en otra parte: tuyo he sido y tuyo soy, y así quiero seguir lo que tú escogiste, casándome con la contemplacion de mi cuidado, que no plega á Dios que otra ninguna sea señora de mi corazon sino tú, que lo fuiste desde mi juventud.»

Estas razones y otras pasó Luzmán con su señora Arbolea, y le contó los trabajos que habia pasado y su capterio, de que ella sentia gran dolor, y prometióle de ir luego á ver á sus padres; y así, despedido della, se fué

á la casa de su padre; y como dentro entrase, vió que estaba en un corredor, mas no que conociese á Luzmán, aunque le vido, ni ninguno de sus criados. El le dijo: «señor, dame heis alguna parte, por pobre que sea, desta vuestra casa, donde me pueda esta noche recoger, que soy extranjero, y no sé adónde vaya.» Laumenio, que muy piadoso era y de nobles condiciones, le respondió: «no te faltará, amigo, donde estés; sube acá, dirásme algunas nuevas de las que por el mundo has visto.» Luzmán subió y estuvo hablando con su padre, diciéndole cómo venia de Roma y de otras partes, sin que él le conociese; y á esta hora llamaron á Laumenio para que fuese á cenar; y tomando consigo á Luzmán, se entró donde su mujer estaba, y sentándose á la mesa, le sentó consigo; y estando cenando, su madre le miraba, dándole el corazon grandes saltos, pareciéndole que aquel que allí estaba le habia visto, y no pudo estar que no sospirase acordándose de su hijo Luzmán; el cual, á este tiempo, como la cena se acabase y viese á su madre tan triste, no se pudo mas sufrir, y levantándose se puso de rodillas delante de su padre, diciendo: «veis aquí, señor, á vuestro hijo Luzmán, el cual tal viene que no le conocéis.»

Como él dijese estas palabras, fué de su padre conocido y de su madre, los cuales sintieron aquello que se puede pensar, viendo delante de sí un hijo que tanto amaban, vivo, teniéndolo por muerto. Allí supieron del discurso de su vida, y la causa por que se habia ido, y todos los trabajos que habia pasado, y dijo á sus padres cómo él queria hacer una ermita y allí acabar sus dias, y pues que Dios les habia dado otro hijo, lo tuviesen por bien. No bastaron los ruegos de sus padres, ni los consejos de parientes ni amigos para moverle esta voluntad. Y así hizo una ermita fuera de Sevilla, muy cerca della, donde vivió veinte años, haciendo muy santa vida: visitaba muchas veces á su señora Arbolea, y en su compañía estuvo el hombre que halló colgado del olivo, haciéndose asimismo ermitaño; y en aquel lugar, después de los dias de Luzmán, se hizo un muy hermoso monasterio por un sobrino suyo. Y desta manera dió fin este noble caballero á sus grandes trabajos, guiándolos con prudencia, y así acabó como cristiano, donde se puede creer que gozó del cielo, el cual nuestro Señor nos dé por su clemencia y bondad. Amén.